

Joan Fuster

VIRGILIO Y NOSOTROS

No lo dudo: hay, en efecto, mucha gente –y sólo pienso ahora en la llamada gente culta– para quien el nombre y la obra de Virgilio, evocados a estas alturas, «suenan» como una insigne y melancólica futesa académica. Por lo menos, así ocurre entre nosotros. Y aun aquellos que, por gusto o por necesidad, han frecuentado y frecuentan los clásicos antiguos, no todos ni siempre sienten respecto al poeta de la *Eneida* la misma afección y la misma reverencia. Sin embargo, Virgilio está ahí: está ahí como un cimiento o como una savia, si no más. Se le ha podido llamar «Padre de Occidente», y en la medida en que este concepto, un tanto retórico, de Occidente, tiene validez, el título es exacto: todo lo que Roma, entre el mito y la herencia, significa para el europeo de hoy, Virgilio lo cifra y simboliza. Y todavía más: como decía Eugenio d’Ors, «hay en nuestra alma elementos que debemos a Virgilio aun antes de haberlo leído». La cultura de Europa se impregnó tanto de Virgilio, en otro tiempo, que incluso olvidándole le conserva, y sigue propagándole de manera difusa y anónima.

Todo esto lo puede comprobar cualquiera –comprobación que valdrá casi como revelación–, con sólo abrir un Virgilio y leer con amor. Yo lo acabo de hacer en la estupenda traducción catalana de *L’Eneida*, de Miquel Dolç, publicada hace poco por Editorial Alpha de Barcelona dentro de su colección «Clàssics de tots els temps». Siempre he sentido un gran respeto por la labor difícil y arriesgada de los traductores: más que respeto, con todo, es asombrada admiración, cuando el esfuerzo de trasiego idiomático se realiza sobre un original complejo e ilustre, y cuando, claro está, el resultado no desmerece del empeño. De la pericia con que Dolç podía llevar a cabo la versión de la *Eneida*, ya teníamos garantías bastantes en sus anteriores y múltiples traducciones de clásicos latinos. Y la verdad es que la *Eneida* le ponía a prueba el aliento y los recursos de su oficio en un grado extremo. Dolç ha podido y sabido salir airoso de su empresa. Desde ahora, nuestra literatura cuenta con una versión del poema máximo de Virgilio, comparable a la mejor que pueda ofrecer cualquier otro idioma.

Una versión, además digna del propio Virgilio. Porque, en este caso, Miquel Dolç ha querido que el lector tenga acceso no sólo a la base literal del poema, sino también, y en lo posible, a su estricta sugestión poética. Su traducción es algo más que una traducción: una verdadera «reconstrucción». Y aquí, junto al latinista, tenía su trabajo y su opción el poeta. Dolç, lo es. Y ahora ha puesto sus dones de tal, en terrible y atrevida humildad, al servicio del poeta clásico. En verso, pues, traduce –reconstruye– Dolç a Virgilio: verso que aspira a convertir la palabra catalana en trasunto elástico del canto original. Un hexámetro –con otra extraordinaria experiencia previa: la de Carles Riba en su traducción de la *Odissea*– ajustado, o reajustado, al cambio de idioma, y una pulcra precaución al escoger el léxico, el ritmo, la inflexión sintáctica, le han permitido a Dolç conseguir la impresión de fidelidad definitiva que ambicionaba. No es corriente que este tipo de tareas se logren en perfección: el traductor –traductor poeta– ha de mantenerse, de una parte, en guardia constante frente a sí mismo, para evitarse la libertad en sus

propias palabras; de otro lado, ha de esforzarse por no defraudar la nobleza y la singularidad del original. Ambos escollos los sortea Dolç con una destreza admirable. Su «Eneida», es, desde estos puntos de vista, modélica.

Y lo es también por lo que tiene de aportación generacional, de tributo nuevo y obsequioso a la memoria de Virgilio, a la tradición virgiliana. El mismo Dolç lo indica en su breve y apretado prólogo: cada generación tiene contraído, con el poeta latino, «el deute d'una nova assimilació i d'una nova interpretació ajustada a la inquietud, al progrés cultural i a l'ànima (seves)». Otro mallorquín ilustre, poeta y humanista como Dolç, mosén Llorenç Riber, nos había dado, hace años, su traducción de *L'Eneida*: Dolç, al emprender por su cuenta la misma aventura, lo hace con otra sensibilidad, con otra técnica, con otra filología. Y con ello –como dice una nota editorial del libro– ha realizado una obra que «per ella sola, justificaria la generació intel·lectual a què pertany».

A Dolç debemos la oportunidad de releer, de leer, a Virgilio. De leerle, además, con la sensación segurísima de que no se nos escapa nada de lo que el viejo poeta pudiera decirnos todavía a los hombres de hoy. Y nos damos cuenta, desde sus primeras líneas, de que, en realidad, Virgilio aún nos dice muchas cosas. Los niños de Roma –lo recuerda Dolç– se sabían casi de memoria estos versos, y manos iletradas los garrapateaban en las paredes de Pompeya: los eruditos de nuestro tiempo recitan sus pasajes más vivos y solemnes. Pero lo cierto es que el hombre corriente de nuestros días, enfrentado con Virgilio, se lleva la sorpresa deliciosa de estar «reconociendo» algo que, sin haberlo leído nunca, le es muy caro y entrañable, «conocido». Virgilio sigue siendo, por eso, un gran poeta nuestro, uno de los grandes poetas de Occidente. Quizá sólo tres o cuatro nombres más, en toda la historia de la literatura universal, nos permitirían una constatación análoga.

[*Levante*, 7 març 1959]